

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrerá
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

DICIEMBRE DE 1933

SERIE II, N° 149

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

de José González Galé

Las leyes de la mortalidad

CAPITULO I

LA VIDA. — DOCTRINAS ACERCA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

I

Entre los mil enigmas que, al aparecer el hombre sobre la tierra, solicitaron su atención, fué, acaso, el más angustioso, el de su propio origen.

Pero —naturalmente— aquel hombre primitivo tardó mucho tiempo —siglos, tal vez— en plantearse tal problema. Tenía, de momento, que aplicar los esfuerzos de su naciente inteligencia a otro problema mucho más grave y más urgente: el de *subsistir*. Débil de cuerpo —hay quienes pretenden que la forma humana fué, no un *perfeccionamiento*, sino una *degeneración*: una *mutación* de carácter *patológico*— rodeado por un ambiente hostil, con una *experiencia atávica* que no se ajustaba enteramente a sus nuevas condiciones de vida, necesitaba aplicar todas sus potencias físicas y espirituales a defender su propia existencia. Y en esa lucha, que duró siglos —milenios, quizás— fué conquistando, poco a poco, verdadero rango humano; fué abandonando costumbres de origen puramente animal; fué adueñándose de las fuerzas naturales; conquistó el fuego y aprendió a conservarlo y a propagarlo primero, a encenderlo después; trabajó la madera, la piedra, los metales; venció a las fieras... Y, a cada nueva victoria, a cada nueva conquista material, seguía un enriquecimiento espiritual, una mayor profundidad de pensamiento, una más honda humanización de la primitiva bestia.

Y fué en el transcurso de esa lenta evolución cuando —en una época imposible de precisar— tuvo, por primera vez, una clara visión del problema, no de la *vida*, sino de la *muerte*; porque —indudablemente— antes de que se preguntara o pu-

diera llegar a preguntarse, ¿por qué vivo? ¿para qué vivo?, hubo de sobrecogerle, inexorable, terrorífica y alucinante la sensación de que *tenía que morir*. El había visto ya la muerte cara a cara muchas veces: había dado muerte a las fieras para salvar su propia vida; había visto sucumbir a otros hombres devorados por las fieras; había sacrificado, para alimentarse con su carne, multitud de animales de las más variadas especies; había visto morir a muchos de los suyos tras una enfermedad, a causa de un accidente, o simplemente de vejez. Pero nunca se había detenido a considerar que *él también*, y con *él* todos los de su raza, *tendrían* que caer en virtud de una ley fatal e inexcusable.

Esta idea, al brotar, en forma súbita y brutal en la mente de aquel hombre primitivo, hubo de conturbar su espíritu hondamente. Sintió que, ante ella, todo su ser se rebelaba, y buscó, acongojado, el modo de defender su vida... Vano empeño: las fuerzas naturales permanecieron mudas, hoscas, insensibles. Y entonces, en su angustia, *forjó*, para pedirles ayuda y consuelo, fuerzàs y poderes sobrenaturales.

Y así fué creado, seguramente, el primer Dios, a imagen y semejanza del hombre.

II

Si el hombre se preocupó temprano —relativamente temprano— del problema de la muerte, tardó mucho, muchísimo más, en plantearse el de la vida: el del origen de la vida. No bien tuvo un Dios a quien encomendarse, le *transfirió* cuantos problemas pudieran embarazarle, el de la vida, entre ellos.

Además, ese problema, con toda su hondura —por esa misma hondura, quizás— quedaba como obscurecido y relegado a segundo término ante los que a diario planteaban fenómenos tan impresionantes como la marcha de los astros, el sucederse de las estaciones, los bruscos cambios del tiempo.

Fué, por ello, preciso el advenimiento del pueblo griego, con sus maravillosas dotes de abstracción y generalización, para que, Sócrates primero y Platón, después, diesen la pauta de lo que constituye un verdadero razonamiento lógico. La vía quedó, así, expedita, y pudo venir al mundo Aristóteles: el padre de la filosofía.

Ya, antes que él, otros sabios griegos habían fijado su atención en el problema, pero sin aquella amplitud que caracteriza la obra del estagirita.

Hipócrates (460 - 377 a. de C.) creía que el cuerpo era,

simplemente, una *máquina* mediante la cual se manifiesta la vida. Para él, ésta era *una* donde quiera que se ofreciese, y, por ello, no vacilaba en parangonar la manera de desarrollarse del ser humano con la de una planta o un ave de corral.

El principio de la vida era, para Hipócrates, una fuerza a la que daba el nombre de *pneuma* (aliento). Esa fuerza —a la que atribuía constitución etérea— se expandía, se difundía por todas partes, y era, a la vez, la fuente que daba origen al pensamiento.

III

Aristóteles (384 - 322 a. de C.) llega a la biología por distinto camino. Hipócrates era un *profesional*: un médico. Aristóteles un filósofo. Por eso su visión es más amplia.

Investiga, Aristóteles, el problema de la generación de los seres vivos, y distingue cuatro modalidades diferentes: *la generación espontánea*, *la gemación*, *la generación sin acoplamiento*, y, por último, *la generación sexual*.

Puede parecer extraordinario que una mentalidad tan aguda como la de Aristóteles haya llegado a admitir la posibilidad de la generación espontánea. Pero fué, precisamente, su espíritu de observación —influido, claro está, por las limitaciones de investigación que la época imponía— el que le llevó a tales conclusiones. Creía, por ejemplo, que las moscas se originaban espontáneamente en las materias pútridas. Pero, como había observado que también se acoplaban y de tales acoplamientos nacía una *larva especial* —no conocía, naturalmente, los huevos de los insectos—, quiso evitar la contradicción que tales hechos importaban, admitiendo que, *a veces*, los animales nacidos por generación espontánea *podían* tener descendencia directa. Pero estos descendientes, que diferían substancialmente de sus progenitores, no eran ya capaces de reproducirse.

La sagacidad del razonamiento de Aristóteles se patentiza —aun en el error— observando que atribuía la generación espontánea a animales, como la anguila, de la que, sólo a fines del siglo pasado, se puso en claro que provenía de la metamorfosis del *leptocephalus*. Y es de notar que aún no ha podido individualizarse el huevo de que este último procede.

Atribuye la generación sin acoplamiento a las plantas en general, a las abejas y a determinados peces. Un fenómeno, en cierto modo concomitante, es, para él, la generación por gemación que considera característica de ciertas plantas y de algunos peces del suborden de los testáceos.

En cuanto a la generación sexual —propia de la inmensa mayoría de los animales— se efectúa mediante la unión de dos elementos complementarios: *macho y hembra*. A este respecto es curioso recordar la definición de Aristóteles que, por imprecisa que nos parezca, somos aún hoy incapaces de mejorar. “Macho es el animal que engendra en otro; hembra, el que engendra en sí mismo.”

En sus investigaciones acerca de la *naturaleza de la vida* adopta, Aristóteles, como concepto básico, el de la *necesidad natural* o *conformidad a un fin* preestablecido, interpretado, desde luego, no en un sentido *determinista*, de necesidad *causal*, sino en uno, más elevado, de necesidad *final*.

Y, aquí, nos encontramos ya en el corazón de la discrepancia que separó —desde aquellos lejanos tiempos— a *vitalistas* y *mecanicistas*. Para estos —de los que Demócrito es, posiblemente, el precursor— la necesidad de tales o cuales hechos es meramente *causal*: las mismas causas tienen que producir idénticos efectos. Para aquellos, la necesidad es *final*: no se puede lograr un determinado propósito sin seguir un cierto camino, que es el *único*, o, por lo menos, el más conveniente. Aristóteles es, sin duda, el primer *vitalista*.

Todo cuanto se engendra requiere —según él— el concurso de dos *principios*: uno *actuante*, la *entelequia*, el alma; otro en *potencia*, la *dinamis*, la energía.

La *entelequia*, el alma, es, al decir de Aristóteles, “la primera y perfecta realidad de un cuerpo natural vivo en potencia, y de un cuerpo que tenga órganos”, según la traducción de Hans Driesch, el apóstol de I moderno *neo vitalismo*. La *entelequia* debe ser anterior a la *dinamis*, como es anterior el pensamiento o la concepción de una obra a su realización material.

Abordó, también, Aristóteles el problema de la *evolución*, pero, naturalmente, con un concepto completamente distinto del que guió a los naturalistas del pasado siglo.

Para Aristóteles la naturaleza va ensayando formas cada vez más perfectas. No se trata de una misma forma que *evoluciona*; sino de una serie de *bocetos* o ensayos cada vez más perfeccionados, hasta llegar al hombre.

IV

Las ideas de Aristóteles acerca de la vida y de la generación subsistieron durante largos siglos.

El principio de la *necesidad final*, que orienta sus teorías,

se amoldaba, perfectamente, al pensamiento cristiano. Por eso Santo Tomás de Aquino (1225 - 1274) —el doctor *Angélico*— adoptó sus doctrinas ajustándolas —como era de rigor— a la ideología cristiana. Así, en tanto, que para Aristóteles, no es la divinidad sino *una más*, entre las fuerzas que mueven al mundo, para Santo Tomás es el problema de Dios el *problema* por excelencia.

San Agustín (354 - 430), había planteado ya el problema del origen del alma. Aceptaba, San Agustín, la definición de Plotino: “el alma es una substancia racional, destinada a regir el cuerpo”. Pero, tocante a su origen, se hallaba frente a tres posibles hipótesis: la *generativa*, que pretendía que las almas eran engendradas por los padres; la de la *creación*, según la cual cada alma debía ser *especialmente* creada, y, por fin, la teoría de la *preexistencia*, debida a Platón.

No aceptaba, San Agustín, en manera alguna, la teoría platónica, pero, ante las otras dos, permanecía indeciso. La teoría de la creación acordaba mejor, acaso, con la esencia del cristianismo; la generativa, en cambio, explicaba mejor la transmisión del pecado original. Por eso, sin duda, se decidió, al cabo, por esta última.

Santo Tomás, por el contrario, adoptó desde luego, y sin vacilar, la doctrina *creacionista* basándose, sobre todo, en que, al decir de Aristóteles, *el alma viene de fuera*.

Todas las actividades del alma son, para San Agustín, manifestaciones de la *substancia espiritual*. Santo Tomás —siguiendo, también, en esto, a Aristóteles— acepta, además, las potencias *psíquicas*, que clasifica en cinco grupos: vegetativas, sensitivas, intelectuales, apetitivas y la potencia locomotriz.

Otro excelso discípulo tuvo el estagirita, al finalizar la edad media. Dante dedicó, casi íntegramente, el canto XXV del Purgatorio a exponer los misterios de la generación de acuerdo con las doctrinas aristotélicas.

Y dice cómo, al encontrarse los dos seres,

l'un disposto a patire, l'altro a fare,

se verifica el milagro:

anima fatta la virtude attiva.

V

Un pensador ilustre, profundamente religioso y dotado de un maravilloso equilibrio mental: Renato Descartes (1596 - 1650), al someter a una crítica aguda y minuciosa todos los conocimientos y todas las creencias que halló aceptados, como

artículos de fe, a su llegada al mundo, escribió un pequeño opúsculo que había de causar una honda conmoción espiritual: el "Discurso sobre el método". Y, en su severo análisis de todo lo humano y lo divino, no podía dejar de tocar, también, el problema de la vida.

Sobre la base de una verdad inconcusa: la de su propia existencia, condensada en el famoso aforismo: "pienso, luego existo" —*cogito, ergo sum*— edificó una sólida doctrina filosófica. Matemático insigne, encadena sus proposiciones siguiendo un proceso tan afín, como le es dable, a los razonamientos matemáticos. Y, naturalmente, una de las cosas que más interés tiene en demostrar —dado su hondo sentir religioso— es la existencia del alma y la existencia de Dios.

Y lo logra sin esfuerzo aparente.

"Si yo hubiera cesado de pensar, y aún cuando el resto de lo que había imaginado siguiese siendo cierto, no tendría ninguna razón para creer en mi existencia". De ello deduce que *él* es una substancia —el *alma*—, cuya esencia es el pensamiento, y que es totalmente distinta del cuerpo.

Para tener por demostrada la existencia de Dios le basta pensar que si hay en él —que es un ser imperfecto y sujeto a dudas y errores— la intuición de un ser perfecto, absolutamente perfecto, tal idea no puede provenir ni de él ni de otro ser tan imperfecto como él, sino de alguien que sea la suma perfección, es decir, de Dios mismo.

Hecha la separación del cuerpo y el alma, no tiene por qué guardar al primero excesivos miramientos. Y, fundándose en el descubrimiento de la circulación de la sangre —que Harvey acababa de realizar—, describe el cuerpo como un complejo mecanismo encargado de ejecutar las funciones subalternas que no requieren el concurso del alma.

Es la doctrina que se conoce con el nombre de *mecanicismo*, o, mejor aun, de *iatro-mecanicismo*, y que tuvo numerosos adeptos durante cerca de dos siglos.

VI

Para Descartes la materia es esencialmente extensión: y, como la extensión pura se confunde con el espacio, resulta que la materia no tiene límites ni interrupción alguna entre sus partes. En el universo infinito no existe el vacío.

Un profesor de Leyden, Silvius Franz de la Boë (1614-1672), modificó la concepción mecanicista del universo de Descartes, incorporando a ella los conocimientos físico-químicos de

su tiempo. Combinó, para ello, los *espíritus vitales* —minúsculas partículas de gran fuerza impulsiva— con las fermentaciones y las sales —ácidas y alcalinas— y formuló una doctrina que se conoce con el nombre de *iatro-quinismo*, pero cuya boga fué de escasa duración.

Como reacción contra las exageraciones de las doctrinas mecanicistas, un médico de Weimar, que fué más tarde profesor en Halle, Georg Ernst Stahl (1670 - 1730), imaginó una doctrina, que se conoce con el nombre de *animismo*, según la cual el cuerpo es gobernado y dirigido por el alma inteligente y razonable que lo habita.

La doctrina —reacción exagerada contra otra exageración— no logró larga vida. Teófilo Bordeu (1722 - 1766), el célebre médico francés fundador de la fisiología patológica, en la tesis doctoral que sostuvo en Montpellier en 1742 —a los veinte años de edad— se burló donosamente de las doctrinas animistas complaciéndose en detallar las tareas de la pobre alma, ocupada de continuo en satisfacer las más íntimas necesidades del cuerpo.

El animismo no pudo resistir a tan aguda sátira y cayó para siempre en olvido. Es decir, para siempre, no. En el siglo pasado, otro médico francés de sólida reputación, Pablo Emilio Chaufard (1823 - 1879), trató de resucitarlo en una obra publicada poco antes de su muerte. Pero no lo logró. La principal dificultad para ello era la de concebir cómo el alma, desprovista de materia, podía actuar sobre un cuerpo esencialmente material. No hay modo de colmar el abismo que existe entre una y otro.

VII

Ese abismo fué, sin embargo, el que trató de colmar Leibnitz (1646 - 1716), a quien el mecanicismo —en cualquiera de sus dos formas— dejaba insatisfecho.

El mecanicismo exige un sistema de fuerzas y de unidades. Y Leibnitz, para responder a esa necesidad, imaginó la *mónada* que es, a la vez, *unidad* y *fuerza* o, si se prefiere, *unidad de fuerza*. Es, pues, una *substancia real* y no una simple *posibilidad* como las figuras geométricas.

La unidad es *percepción*; la fuerza *apetito*, o —como dice Leibnitz— *apetición*. La mónada, por lo tanto, posee a la vez *percepción* y *apetición*. La mónada es simple; la materia es infinitamente divisible, luego el universo se compone de un número infinito de mónadas.

La mónada posee *percepción*, pero esas percepciones ofrecen ciertas graduaciones en cuanto a su claridad, y al más alto grado le damos el nombre de *apercepción*, que es una percepción acompañada de conciencia y memoria.

Ahora bien, *el alma humana*, según Leibnitz, es capaz de *apercepciones*; el cuerpo no: el cuerpo no es —según él— sino un espíritu *momentáneo*, es decir, *carente de recuerdo*.

Resta, ahora, el problema de la comunicación entre el alma y el cuerpo.

Tres maneras hay para ello: la de la *influencia*, la de la *asistencia* y la de la *armonía preestablecida*, que Leibnitz aclara con el célebre ejemplo de los dos relojes que marchan *siempre acordes*.

La primera manera fué experimentada accidentalmente por el famoso matemático holandés Huygens (1629 - 1695). Tenía dos relojes de péndulo colgados de una misma viga. Al moverse habían comunicado a las partículas de la madera iguales vibraciones, que no podían subsistir si los péndulos no marchaban de acuerdo. Si se los *desacordaba voluntariamente*, por una aparente maravilla, el sincronismo volvía a restablecerse de una manera automática.

El segundo modo de que los dos relojes marchen de acuerdo es tener un relojero perpetuamente ocupado de regularlos. El relojero, en el caso del alma, sería Dios.

En cuanto al método de la armonía preestablecida, consiste en admitir que los relojes son tan perfectos, que, una vez puestos en marcha, no requieren intervención alguna. Es el acorde inicial que, según Leibnitz, preside a la unión del cuerpo y el alma.

VIII

Bordeu, de quien ya nos ocupamos al referirnos a las doctrinas de Stahl, hace algo más que ridiculizar el animismo. Atribuye a la substancia orgánica una cierta sensibilidad que se manifiesta de distinto modo según el órgano de que se trate.

A la escuela de Bordeu pertenece Pablo José Barthez (1734 - 1806) quien distribuye las funciones vitales entre el *alma pensante* y el *principio de la vida o principio vital*.

Es la doctrina del *plurivitalismo*, que admite la existencia de potencias espirituales de *segundo orden*, que concluyen por encarnarse en la materia viva, aproximándose, así, al concepto científico moderno.

Porque uno de los puntos discutidos entre los vitalistas de aquella época —fines del siglo XVIII, principios del XIX— es el que se refiere al *asiento* del principio vital. Ya en el siglo anterior, un sabio de los países Bajos —mezcla de médico y alquimista— Juan Bautista van Helmont (1577 - 1644), había insinuado la curiosa teoría de que el principio vital tenga su asiento en el estómago.

Carlos Lorry (1726 - 1783), médico afamado, observó en 1748 que, si se lesionaba una cierta y reducida región de la médula espinal, se causaba una muerte instantánea. Otros dos médicos, Julián Legallois (1770 - 1814) y Juan Pedro María Flourens (1794 - 1867), comprobaron, sucesivamente, la observación.

El punto así localizado, cuyo tamaño es apenas el de la cabeza de un alfiler y al que se llamó *nudo vital*, está situado en el bulbo raquídeo en la unión de la cabeza con el cuello. Reside allí el centro excitador de los movimientos respiratorios; por eso su destrucción acarrea la muerte, salvo que se prolongue artificialmente la respiración.

IX

Claudio Bernard (1813 - 1878) —a quien no sin razón se ha llamado el fundador y el legislador de la fisiología— y cuya obra fundamental “Los fenómenos de la vida, comunes a los animales y a las plantas” apareció de 1876 a 1878— terminó de una vez —en el campo de la ciencia— con las antiguas teorías basadas en la existencia de un principio o de una fuerza *vital*. Y lo hizo introduciendo en el estudio de los seres vivos el método *comparativo* de investigación, mediante el cual se puso en claro la analogía de los fenómenos vitales en organismos de muy diversas categorías, y la existencia, por lo tanto, de un conjunto de caracteres por los cuales tales organismos se asemejan entre sí y se diferencian de los cuerpos brutos, y que constituyen lo que se ha llamado el *fondo vital*.

A. Dastre, profesor de fisiología en la Sorbona, hace notar en su libro “La Vida y la Muerte” que la comunidad de fenómenos en los seres vivos resulta: 1º, de la comunidad de su estructura anatómica, es decir, de su unidad *morfológica*, ya que el análisis microscópico demuestra que todos los organismos son resolubles en *células* o en órganos elementales equivalentes a la célula; 2º, de la comunidad de su estructura química, desde que el análisis químico ha hecho visible la analogía de composición de todos los protoplasmas; 3º, de la comunidad de las

condiciones que presiden a la nutrición, o sea, de las condiciones intrínsecas y extrínsecas de los cambios entre el elemento vivo y el medio vital que lo rodea; 4º, de la comunidad de los actos esenciales de la reproducción, en particular, y de todas las funciones vitales, en general.

Sería exceder los límites del presente trabajo pretender entrar en detalles que, por otra parte, sólo un especialista podría tratar con plena eficacia y autoridad, pero es interesante subrayar que, de la doctrina que acabamos de esbozar, surge evidente la existencia de la *unidad vital*, es decir, de un *fondo vital*, casi idéntico de uno a otro ser. Hay una manera de ser *común a todos los seres vivos* —enteros o fragmentarios (*elementos celulares*)— y esa manera de ser es la *vida*.

La vida que es *sensiblemente fija*, vale decir, que, aún cuando un animal se diferencie de otro en la forma en que están agrupadas las células que lo constituyen, ambos *viven* no obstante *del mismo modo*.

¿Qué es, pues, la *vida*? No es posible, en el estado actual de la ciencia, dar una definición satisfactoria. Acaso no lo sea nunca, ya que definir la vida equivale a penetrar el misterio que rodea su origen.

Únicamente podemos decir, sintetizando las ideas que acabamos de exponer, que *la vida es el conjunto de fenómenos comunes a todos los seres vivos*.

X

Pero esa definición no resuelve, en manera alguna, la eterna cuestión de si la vida es algo misterioso, que escapa y escapará siempre a las más atrevidas investigaciones, o si es sólo una *afortunada* combinación, obtenida por azar en condiciones favorables y en una época remota imposible de precisar.

Un físico inglés de nuestros días —James Jeans— que tiene un poco de poeta, formula la pregunta en estos términos: ¿Está formada la célula por *átomos*, o por *átomos y vida*? Claro está que se abstiene de contestarla, y se contenta con destacar el hecho de que, si bien la materia viva está constituida por átomos ordinarios por completo, éstos gozan de la propiedad de reunirse formando moléculas excepcionalmente nutridas.

La mayor parte de los átomos carecen de esta propiedad, que parece ser característica del carbono. Por eso Jeans —recordando las teorías que admitían la existencia de una *fuerza vital*— da como seguro que lo que caracteriza a la materia

orgánica, no es la presencia de esa pretendida fuerza vital, sino la del *carbono*.

Y, observando que los fenómenos magnéticos y radioactivos se manifiestan con mayor intensidad en determinados cuerpos, sugiere que quizás pueda de ello inferirse que debemos considerar la vida como un fenómeno de la misma categoría que el magnetismo y la radioactividad. Y que, como la radioactividad y el magnetismo, la vida no es, acaso, más que una consecuencia accidental del sistema de leyes que rigen el universo.

Pero la vida requiere, para subsistir, una serie de condiciones que sólo se verifican en una pequeña *zona*, es decir, que si comparamos la importancia que en la arquitectura del mundo tienen el magnetismo, la radioactividad y la vida, se nos aparece ésta como disminuída en importancia, y siendo, en última instancia, algo así como un *subproducto* insignificante.

Sin embargo, no son ésas las conclusiones a que Jeans arriba.

Un minucioso análisis de las fuerzas que gobiernan al mundo, le lleva a la conclusión de que el universo se asemeja más a un gran pensamiento que a una gran máquina. Es como si una gran mente lo gobernara y organizara todo; una mente que no estuviese sometida a ninguna de las influencias perturbadoras que actúan sobre nuestras mentes imperfectas, pero que poseyera, en cambio, desarrollada en sumo grado, una *tendencia* superior que Jeans, a falta de calificativo más preciso, llama *matemática*.

Naturalmente, las conclusiones de Jeans no son en manera alguna *vitalistas*, como alguien pudiera pensar. Sus palabras textuales son: "De suerte que nuestra conclusión principal difícilmente habrá de ser que la ciencia actual pueda pronunciarse en ningún sentido; quizás pudiera más bien ser que la ciencia debería renunciar a hacer pronunciamiento alguno: el río de los conocimientos ha vuelto su curso sobre sí mismo con demasiada frecuencia."